

SOBRE EL XXII CONGRESO DEL PARTIDO COMUNISTA DE LA UNION SOVIETICA

Sin temor a la hipérbole se puede afirmar que ningún Congreso del Partido comunista de la U. R. S. S.—ni, por supuesto, de país alguno—ha tenido la importancia y la resonancia del vigésimo segundo. Se cierra con este Congreso un primer período jruschoviano—¡que puede muy bien ser el último de este personaje...!—; período inaugurado aproximadamente en el XX Congreso, cuando el actual primer secretario del Partido—que lo era también entonces—denunció sin eufemismos en su mensaje secreto, ante el estupor de los miles de delegados que no sabían si abrazarse o despedazarse mutuamente, los atroces crímenes de Stalin. Dentro de ese período crítico, que va del año 56 al fin del corriente, se celebró el Congreso XXI, extraordinario para la nomenclatura soviética, aunque gris y ordinario—pese a entroncar con el septenio «glorioso» y cernirse sobre él la rebelión húngara—en comparación con el XX y XXII que le horquillan.

Por muchos conceptos el XXII Congreso batió la marca del escándalo político. Y no tanto por la proclamación de su objetivo oficial—ya de por sí estentórea—, que es la promesa de victoria comunista a plazo fijo—veinte años—(con lo que la actual generación alcanzará «la dicha» de conocer ese paraíso que hace medio siglo se le viene ofreciendo), sino por la forma y el fondo de cuanto se puso de manifiesto, no se sabe si imprevista o deliberadamente, en sus trepidantes sesiones. Porque una de las cosas que la Historia tardará en dilucidar, tal vez exactamente lo que dure el reinado de Jruschov, es lo que hubo en las sesiones de premeditado, de elaborado fríamente por los Gabinetes de táctica psicológica del Kremlin—táctica psicológica que no se aplica sólo al exterior, sino también al interior de la U. R. S. S.—y lo que ocurrió en ellas de forma espontánea a la manera de una rebelión de robots que, por unos instantes, hubieran conquistado jirones de autonomía.

No carece de fundamento la hipótesis de que a la muerte de Stalin una brisa de libertad—débil, pero incontenible y en cierto modo creciente—sopló sobre la inhibición centenaria del pueblo ruso. Cárceles y campos de concentración perdieron ocupantes y muchos «humillados y ofendidos»—vivos o muertos—recobraron la «dignidad» perdida. Se produjo entonces en la oligarquía gobernante un movimiento temeroso tendente a descomprometerse de la época staliniana. Pero las barbaridades del tiempo de José Visariónovich habían sido tantas que no bastaba la figura del padrecito rojo como único «chivo emisario» para cargar con los pecados de todos. La búsqueda de otros «chivos» adoptó la forma de una conspiración de palacio en la que Beria fué aniquilado físicamente y, políticamente, los miembros del que hoy conocemos como grupo antipartido. El ostracismo de Yukof fué motivado también por análogas razones.

Pero una caída política, cuando el caído permanece vivo y con posibilidades de actuación, no es tan práctica y definitiva como las eliminaciones de la época staliniana y ello lo sabe ahora muy bien a sus expensas el actual equipo gobernante de la U. R. S. S. Nucleada por los caídos surgió una oposición popular interna, debilitadora, explotada a su favor por los «aliados» rivales y por los enemigos exteriores e interiores del régimen comunista. Se hizo indispensable un golpe más fuerte para lograr una «limpieza» más profunda que, dejando fuera de combate a los epígonos de Stalin, aterrorizase a quienes atisbasen la posibilidad de imitarlos, apoyarlos o seguirlos.

Acaso la operación eliminatoria habría de llevarse a cabo moderadamente, discretamente, como se perfiló en el primer discurso de Jruschov—no se olvide que las sesiones del Congreso estaban siendo televisadas y por primera vez en su vida el pueblo ruso pudo percibir el malhumorado desahogo de sus dirigentes—; en el discurso de apertura de Jruschov éste se limitó a repetir en público lo que la mayoría del pueblo soviético conocía ya porque en las sesiones del Partido se le había ido inoculando en dosis graduales para que no peligrase su «saludable» disciplina: el informe secreto de Jruschov en el XX Congreso, que fué la primera gran escaramuza de la desestalinización. Las palabras de Jruschov en el XXII Congreso, aludieron a Stalin de forma en cierto modo suave y ocupaban sólo una pequeña fracción del inmenso alegato pronunciado el 17 de octubre. Jruschov dijo textualmente (los subrayados son nuestros):

«Ciertamente, Stalin tenía *grandes méritos* ante el Partido y el movimiento comunista y nosotros le rendimos homenaje por ello.

Pero era falso relacionar todas las victorias del partido y del pueblo con el nombre de un solo hombre. Era desnaturalizar groseramente el estado real de la situación...

... En su crítica severa del principio del culto de la personalidad nuestro Partido se ha inspirado en las indicaciones de Lenin y de su testamento. Se sabe que Lenin *apreciaba a Stalin, pero veía sus defectos e incluso sus taras*. Preocupado por los destinos del Partido y del Estado soviético Vladimiro Ilicht, en diciembre de 1922, es decir, poco después de la elección de Stalin para el puesto de secretario general del Comité Central, escribía en una carta dirigida al Congreso Ordinario de Partidos:

«El camarada Stalin, llegado a secretario general, ha concentrado entre sus manos un poder ilimitado y yo no estoy seguro de que pueda siempre servirse de él con circunspección... Stalin es demasiado brutal y este defecto, *perfectamente tolerable en nuestro medio y en las relaciones entre nosotros comunistas*, no lo es en las funciones de secretario general. Propongo, pues, a los camaradas estudiar un sistema para destituir a Stalin de este puesto y nombrar en su lugar a otra persona, aunque no tenga en todas las cosas sobre el camarada Stalin más que una sola ventaja: la de ser más *tolerante, más leal, más cortés y más atento* hacia los camaradas, de humor menos caprichoso, etc...»

«Como puede verse, Vladimiro Ilicht comprendía bien que los defectos de Stalin podían hacer un gran daño al Partido y al Estado. Por desgracia, la advertencia de Lenin y sus consejos no fueron tomados en consideración en tiempo oportuno y el Partido y el país tuvieron que atravesar muchas dificultades engendradas por el culto de la personalidad. En el XX Congreso, el Partido ha criticado el culto de la personalidad. Conforme a las decisiones del Congreso puso fin a las alteraciones, corrigió los errores y adoptó medidas para excluir en el porvenir la repetición de semejantes fenómenos. Era una decisión valerosa...»

Para los lectores occidentales era hace tiempo archisabido todo cuanto Jruschov expuso en el XX Congreso en forma secreta y declaró ahora abiertamente en el XXII. Los kravchencos de todas las razas y de todos los idiomas lo habían repetido con una coincidencia tal en los testimonios que la duda sólo era posible para los compañeros de viaje del comunismo, en quienes se produce con frecuencia la amnesia voluntaria, que es uno de los síntomas del carácter esquizofrénico.

Para los rusos, como hemos dicho, también era sabido el asunto no sólo porque decenas de millones de hombres, mujeres e incluso niños—y en esta mención de los niños no hay ningún recurso de malintencionada propaganda, ya que fueron citados en los abracadabrantos relatos que siguie-

ron al de Jruschov—sufrieron material y moralmente repercusiones depuradoras en el cruento «stalinato» (como dirían nuestros amigos hispano-americanos), sino porque la noticia sobre la requisitoria de Jruschov se había extendido capilarmente desde los miembros del Partido—actualmente diez millones—a los doscientos y pico millones de habitantes de la Unión Soviética. Aunque bien es verdad que entre éstos nadie se atrevía a hablar de «la cosa» y ésta podía considerarse como un secreto de polichinela, que son los secretos mejor guardados, ya que nadie los descubre porque cree que no lo son para los demás.

Al discurso de Jruschov sucedió una tempestad de injurias que según los que quieren ver un desarrollo dramático en la sucesión de sesiones del XXII Congreso sorprendió al mismo primer secretario. Este no tuvo más remedio que recoger todo ese ambiente en el discurso de clausura y abrir ya «coran populo» la terrible batalla en que está empeñado: la batalla contra un muerto. La «transtumulación» del cuerpo de Stalin, que pasó, por decreto, de prodigiosa momia lograda por la química embalsamadora de los soviets a carroña vulgar abrazada por la madre tierra, es un combate más de la guerra contra un símbolo en el que lo menos importante son las demenciales y estúpidas facetas externas de lo que se llama desestalinización. Los cambios de rótulos, las estatuas derribadas, los rebautizamientos de fábricas, lugares y ciudades en todo el mundo soviético y extra-soviético, así como las duras palabras del Decreto exhumatorio son sólo un índice superficial de la intensidad de la lucha contra el monstruo estadista que con indudable genio, aunque con procedimientos que repudia toda conciencia honrada, consiguió para su país por el camino de una guerra victoriosa la privilegiada situación beligerante que éste ocupa hoy en el desconcierto internacional. Todos los hombres que en el mundo se han manifestado, desde un punto de vista moral, como enemigos de Stalin tienen razón. Todos..., menos los actuales antiestalinistas del Kremlin, que cuanto son lo deben precisamente a la *predilección despreciativa* con que fueron tratados por Stalin. Sí, las historias soviéticas que cuentan los detractores del comunismo y los que descubrieron a tiempo su ignominia resultan ser indiscutible verdad según la coral manifestación de los stalinistas de antaño en el XXII Congreso. Pero—y esto es terrible para Jruschov y los suyos—ahora podemos creer también sin esfuerzo alguno que es verdad lo que de éstos se dice y se escribe en Occidente.

No ignoraba Jruschov el tremendo impacto que en todo el mundo comunista iba a producir el intento de aniquilación moral de Stalin. Esto

da una idea de la gravedad de la situación que le llevó a afrontar el riesgo de ese impacto. En efecto, la cosa estaba ya planteada de tal modo que o Stalin era definitivamente vencido o Stalin, por medio de Molotov y los suyos, seguiría reinando después de muerto. El mismo Jruschov lo confiesa en su mensaje cuando dice:

«Ciertamente, nuestro Partido comprendía bien que los errores y las alteraciones, los abusos del poder revelados podrían provocar en el seno del Partido y del pueblo un cierto sentimiento de amargura e incluso de descontento; llevar consigo ciertas pérdidas y hechos negativos. Comprendía perfectamente que eso crearía dificultades provisionales para el Partido comunista de la Unión Soviética y para los partidos marxistas leninistas hermanos. Pero el Partido ha preferido afrontar audazmente las dificultades.»

Lo que con su optimismo característico califica Jruschov de dificultades provisionales pueden ser dificultades permanentes e incluso, si a la estrategia política de los soviets se logra oponer otra de análoga inteligencia, pueden suponer *la gran dificultad final*. Porque al proyectarse el cisma Stalin-antiStalin sobre el teatro de operaciones comunista planetario, no es seguro que la victoria pueda corresponder a la segunda de las tendencias. Sobre todo si la primera es alentada, como medio para lograr su propio triunfo, por el Mundo Libre.

* * *

Claros y distintos están los objetivos que Jruschov ha formulado respecto a la política extranjera que es función, como se sabe, de su política interior. No se olvide que tal vez la más acertada manera de entender la existencia y acción del comunismo es concebirlo como una forma de imperialismo ruso, lo que puede rastrearse no sólo en el giro teórico que Jruschov ha dado a la teoría marxista leninista del Poder, sino en su actitud respecto de sus aliados del campo socialista. Antes de pasar adelante conviene reproducir los términos en que Jruschov definió la política exterior de la Unión Soviética. Helos aquí:

«¿Cuáles son las tareas que se derivan de la situación internacional actual para la política exterior de la Unión Soviética? Nosotros debemos continuar las siguientes acciones:

— Practicar incansablemente y con espíritu de continuidad como línea general de la política exterior de la Unión Soviética

el principio de la coexistencia pacífica entre los Estados de regimenes sociales diferentes.

- Asentar la unidad de los países socialistas sobre la base de la colaboración y de la fraternal mutua ayuda y contribuir a la consolidación de la potencia del sistema socialista mundial.
- Desarrollar los contactos y colaborar con todos los combatientes de la paz en el mundo entero; con todos aquellos que quieren la paz nosotros actuaremos contra todos aquellos que quieran la guerra.
- Consolidar la solidaridad proletaria con la clase obrera y los trabajadores del mundo entero; nosotros daremos el apoyo moral y material máximo a los pueblos que luchan por librarse del yugo imperialista y colonial y para asegurar su independencia.
- Desarrollar al máximo la relación constructiva internacional; la colaboración económica y el comercio con todos los países deseosos de mantener semejantes relaciones con la Unión Soviética.
- Proseguir una política extranjera sutil y activa tratando de arreglar por la negociación los problemas mundiales que han llegado a madurez; denunciar las actuaciones y las maniobras de los factores de guerra; colaborar de una manera constructiva con todos los Estados sobre una base de reciprocidad.

La vida ha demostrado que el principio de *la coexistencia pacífica* de los Estados con sistemas sociales diferentes anticipado por el gran Lenin, es el medio de salvaguardar la paz y de conjurar una guerra general de exterminación. Nosotros hemos hecho y haremos todo lo que dependa de nosotros para que la coexistencia pacífica y la competición económica pacífica triunfen en el mundo entero.»

No es necesario una exégesis muy profunda para ver que esa política extranjera de la Unión Soviética trata solamente de ganar tiempo de guerra fría para lograr con un mínimo riesgo la victoria del comunismo, que es a su vez la suya. Todos los demás países son utilizados por la Unión Soviética como medio para lograr esa finalidad, pero ninguno de ellos merece una consideración especial en cuanto al problema de su acceso al comunismo. La Unión Soviética presentó en el XXII Congreso el programa de

la construcción del comunismo en la U. R. S. S. al cabo de veinte años. Para ello indudablemente necesita la paz y quiere garantizársela por medio de la hostilización constante al Mundo Libre a cargo de los doce países satélites, con los que Stalin aumentó el imperio comunista mundial, y de las quintas columnas de todos los demás países. Pero es preciso evitar que entre estos satélites surja alguno con pretensiones de hegemonía y también que el Occidente aproveche el afán de esa paz especial de los rusos para acometerlos. Es indispensable igualmente que dentro de la U. R. S. S. no se produzca ningún movimiento quebrantador.

* * *

Por todo ello la política interior soviética—que se confunde con la exterior, como es típico del peor imperialismo—exige una consolidación férrea de la autoridad oligárquica para imponer a las generaciones actuales un sacrificio a un ritmo mucho más acelerado que el exigido a las antiguas. El premio estimulador se les promete ahora a más corto plazo.

Esta política tiene que impedir además competiciones, las rivalidades y los antagonismos de todo tipo entre los distintos países del campo socialista. El ejemplo de Yugoslavia escapándose de este campo y el brote rebelde de Albania son síntomas amenazadores; hay que procurar que esta escuela de disidencias prospere.

Es nocivo para la U. R. S. S. que el colosal aliado tenga su política propia y con ésta, lo mismo en el plano teórico que en el plano práctico, arrastre en su seguimiento a los comunistas del campo soviético y del campo occidental.

El movimiento de oposición a estas tesis lo condensa Jruschov en la acción del célebre grupo antipartido y en los apoyos que este grupo tiene en el campo socialista. El descomunal torrente oratorio del primer secretario del Comité Central del Partido comunista de la Unión Soviética puede representarse por una sola flecha de ataque que pasa sucesivamente por Stalin, por el grupo de epígonos de Stalin llamado antipartido y por el cisma albanés, para terminar clavada en el corazón del gran aliado chino. Nítida expresión de ello se registra cuando Jruschov, aludiendo inequívocamente a los chinos, polemiza contra «ciertos elementos»—ante los cinco mil delegados y sin importarle que el mundo entero lo sepa—en la siguiente forma:

«Ciertos elementos nos atacan y nos acusan de simplificar o de suavizar las apreciaciones de la situación internacional cuando insistimos en la necesidad de la coexistencia pacífica en las condiciones presentes. Se nos dice que cargado el acento sobre la coexistencia pacífica se daría prueba de cierta subestimación de la esencia del imperialismo y se caería incluso en contradicción con la fórmula leninista del imperialismo.

La definición clásica del stalinismo dada por Vladimiro Ilich Lenin es bien conocida. Esta definición leninista del imperialismo pone al desnudo el carácter reaccionario y agresivo del imperialismo como último estadio del capitalismo. El imperialismo está unido de una manera indisoluble a las guerras y a la lucha por un nuevo reparto del mundo, para el sometimiento de los pueblos, para su opresión por el capital monopolista. Es capaz de lanzarse a cualquier aventura.

Esta definición de la esencia del imperialismo conserva todo su valor a la hora actual. Nuestro Partido no solamente no niega esta definición; la ha confirmado y se inspira en ella en toda su política, en la elaboración de la estrategia y de la táctica de la lucha revolucionaria, lo que está atestiguado de manera convincente por nuestro proyecto de nuevo programa. Al mismo tiempo el Partido que se mantiene sobre el terreno del marxismo leninismo fecundo tiene por deber el tomar en consideración los grandes cambios que se han producido en el mundo desde que Lenin estableció su análisis del imperialismo.

Nosotros atravesamos un período que se caracteriza por la existencia de dos sistemas mundiales; un período en el que el sistema mundial del socialismo se desarrolla rápidamente y en que el momento no está lejos en que sobrepasará al sistema capitalista mundial, incluso en la esfera de la producción de bienes materiales. En cuanto a la ciencia y a la cultura en numerosas de sus ramas los países del sistema socialista mundial han sobrepasado ya considerablemente a los países del capitalismo. A la hora actual el sistema socialista mundial es más poderoso que los países del imperialismo también sobre el plan militar. Visto este estado de cosas, no se puede afirmar que estos últimos decenios nada se ha producido en el mundo y nada ha cambiado en el mundo. *Sólo los hombres que se mantienen separados de la vida, que no ven los grandes cambios que se han producido en la relación de fuerzas en la arena mundial pueden obrar de esta manera.»*

En todos los párrafos encontramos definida la política internacional de Jruschov. Reclama, como se ve, la justa interpretación de la doctrina marxista-leninista y su adaptación a los tiempos actuales sin temer que se le acuse de lo que él acusa a los demás: de revisionismo. No obstante, en

este caso el adversario ideológico—Mao-Tse-Tung—requiere argumentos más fuertes. Porque Mao-Tse-Tung también dice aplicar la teoría a la práctica y cree que existe ahora una ocasión propicia para la implantación del comunismo en el mundo, aunque sea pasando inmediatamente por la guerra. En este sentido es fiel seguidor de la línea de Stalin y aspira a un gran bloque rojo beligerante dispuesto a *anticiparse* en el desencadenamiento de la G. M.-3 al bloque imperialista, según Mao, consustancialmente agresivo. Posiblemente hay una gran coincidencia entre los términos de la carta anti-Jruschov que Molotov dirigió al soviét y lo que los expertos en comunismo adjudican como criterio a Pekín en cuanto a la necesidad de retornar al camino duro.

Para Pekín parece indispensable «volver a las fuentes del marxismo-leninismo» con la creación de un comité internacional comunista encargado de hacer respetar la doctrina marxista e interpretarla.

Se dice que en un memorándum remitido por Chu En-Lay a Moscú se preconizaba la formación de un solo frente marxista Asia-Europa, lo que implicaría la adopción de decisiones comunes de Pekín y de Moscú; la entrega de armas nucleares a la China hasta el momento de que ésta disponga de las suyas; la prohibición de toda experiencia nuclear sin acuerdo previo con los otros partidos comunistas; el real abandono de la O. N. U. si la China popular no entraba en ella y la reconciliación con los albaneses.

* * *

A pretensiones concretas y juegos dialécticos ha contestado Jruschov bien con palabras, bien con actos. Entre estos últimos está la explosión de la bomba de 50 megatonas. Por lo que respecta a las palabras, la bonita parábola del «Elefante y del Tigre» resulta muy adecuada no sólo al estilo de Jruschov, sino a la receptiva sensibilidad del amarillo autor de la metáfora de las cien flores comunistas.

«Verdaderamente—dijo Jruschov—, la esencia del imperialismo, su carácter agresivo, no han cambiado. Pero sus posibilidades son ahora diferentes de lo que eran durante el período de su dominación exclusiva. Ahora la situación es tal que el imperialismo no puede dictar su voluntad a todo el mundo y aplicar sin dificultades su política de agresión.

Las fuerzas invencibles del sistema socialista mundial y en primer lugar las de la Unión Soviética son un obstáculo a los apetitos de conquista de los imperialistas que tienden a un nuevo reparto

del mundo y a la sumisión de los otros pueblos. Estas fuerzas limitan las ambiciones de los imperialistas rapaces. Centenares de millones de hombres en los países pacíficos luchan por la paz y todos los pueblos se pronuncian por la paz. Esto es lo esencial y de lo que es preciso darse cuenta.

Para que el pensamiento que yo acabo de expresar sea más claro evocaré el ejemplo siguiente: el tigre es un animal feroz y permanece siéndolo hasta que se muere. Pero se sabe que el tigre no ataca jamás al elefante. ¿Por qué? La carne del elefante no es, sin duda, peor que cualquier otra y al tigre no le desagradaría sin duda saborearla. Pero teme atacar al elefante por la razón de que este último es más fuerte que él. Si el tigre rabioso se pone a atacar al elefante no cabe duda que le costará la vida y que el elefante le pateará hasta la muerte.

Vosotros habéis visto sin duda en los films sobre la vida en Africa y en Asia cómo los reyes, los príncipes, los rajás y otros notables montados sobre elefantes dan caza a los tigres. Lo hacen porque saben que este método de la caza al tigre no presenta peligro. Y si se continúa esta comparación, hay que decir que a la hora actual la Unión Soviética, los países del campo socialista, representan una fuerza más importante para los imperialistas que la del elefante para el tigre.

La situación es casi la misma respecto del imperialismo; actualmente los imperialistas están obligados, no tanto a causa de su buen sentido como de su instinto de autoconservación, si así puede decirse, de tener en cuenta el hecho de que ellos no pueden aplastar, saquear y someter impunemente a todo el mundo. Las fuerzas poderosas que se levantan ahora en el camino del imperialismo obligan a los imperialistas a tenerlas en cuenta. Los imperialistas comprenden que si ellos desencadenan una guerra mundial, todo el sistema imperialista execrado del pueblo encontrará en ella su inevitable pérdida.

En nuestra época la potencia del sistema mundial del socialismo ha aumentado como jamás antes de ahora. Reúne ya más de un tercio de la humanidad y sus fuerzas aumentan rápidamente y es la gran muralla de la paz en el mundo. El principio de la coexistencia pacífica de los Estados con diferentes sistemas sociales adquiere en las condiciones presentes una importancia vital.»

Esta acometida didascálica se dirige directamente contra los chinos y... contra Molotov y sus amigos. Véase el párrafo final:

«Sólo los dogmáticos obstinados que han aprendido de memoria fórmulas generales sobre el imperialismo y que se obstinan en no mirar la realidad a la cara no lo comprenden. Es exactamente en es-

tas posiciones en las que se mantiene siempre ese conservador endurecido que es Molotov. El y sus semejantes no comprenden los cambios que se producen en la situación mundial y los nuevos fenómenos de la vida; van al remolque de los acontecimientos y desde hace mucho tiempo han llegado a ser un freno.»

Y sigue luego la tremenda requisitoria contra el régimen de Albania protegida por la China Roja. Los cargos son los mismos que se hacen a Stalin y a los miembros del anti-partido: asesinatos en condiciones crueles, encarcelamientos, torturas, bloqueo de la crítica y de la oposición. Pero no ha llegado todavía la hora de referirse a los chinos en los mismos términos, aunque sí hay ya una leve amenaza en el ofrecimiento a China del papel de mediador en la disputa ruso-albanesa, disputa que Chu En-Lay calificó en la Tribuna del Congreso de lamentable lavado en público de ropa sucia socialista.

«Compartimos la inquietud de nuestros amigos chinos—dijo Jruschov—; apreciamos su preocupación por el refuerzo de la unidad. Si los camaradas chinos quieren hacer refuerzos para normalizar las relaciones del partido albanés del trabajo con los partidos hermanos es poco probable que se pueda encontrar alguno que pudiera contribuir mejor que el partido comunista chino a la solución de esta tarea.»

La perfecta sinfonía de violencias verbales lanzada por todos los oradores soviéticos y no soviéticos contra Stalin—el hombre a quien sin excepción todos ellos cantaron un día como un semidios—; contra el grupo anti-partido responsable de todos los males pretéritos, inmediatos y futuros de la U. R. S. S.; contra los miembros del partido comunista de la pequeña Albania, causante de la discordia y de la fractura en el campo socialista, son una réplica a las no pronunciadas palabras de Chu En-Lay que no tuvieron más que una leve eclosión en la leyenda de esa corona—tal vez la última—que el ministro chino depositó sobre el cuerpo del penúltimo zar rojo.

Llama la atención, sin embargo, que en cierto modo Yugoslavia haya sido, aunque no del todo, la gran ausente en esa pugna depuradora del XXII Congreso. Es posible que la intención de Jruschov cuando la mencionó en su discurso inicial fuera hacer de ella el objetivo del ataque, ya que insistió en que en la histórica conferencia de noviembre de 1960 había reafirmado «de una manera convincente la voluntad y la resolución de

los partidos comunistas de defender la pureza del marxismo-leninismo, de afirmar la unidad de sus filas y de proseguir la lucha resueltamente sobre dos frentes: contra el revisionismo, *peligro principal*, y contra el dogmatismo». Antes había hecho notar que «sólo los dirigentes de la liga de los comunistas de Yugoslavia manifiestamente afectados de estrechez nacionalista se han desviado del recto camino marxista-leninista por la falsa vía que les ha conducido al pantano del revisionismo» y que esas ideas revisionistas «marcan con su sello no sólo la actividad teórica, sino también la actividad práctica de la dirección de la liga de los comunistas de Yugoslavia. Su línea de desarrollo aislado, separado de la comunidad socialista mundial es nefasto y peligroso. Hace el juego a la reacción de imperialistas...».

Los que ven en el Congreso una gran influencia de factores imprevistos podría aducir a su favor el hecho de que a Yugoslavia no se la haya mencionado apenas en el discurso final de Jruschov. Como se sabe, Yugoslavia y Albania son mortales enemigos ideológicos e incluso geopolíticos. ¿Se juzgó al final que Yugoslavia podría ya considerarse amiga por aquello de que los enemigos de mis enemigos son mis amigos? La próxima Historia lo confirmará. Lo que sí puede afirmarse es que los primeros sorprendidos del giro de los acontecimientos han sido los propios yugoslavos, ya que justamente en las vísperas del Congreso acentuaban su oposición anti-soviética y proclamaban en el Komunist, contestando a los ataques que se les hacen en el Proyecto de Programa del partido comunista ruso —base oficial del XXII Congreso—, con palabras como estas:

«Se puede encontrar toda una serie de otros argumentos que echan por tierra a los planteamientos antiyugoslavos del Proyecto del Programa, pero no es necesario por la sencilla razón de que sus autores saben que todas estas afirmaciones han sido inventadas. Por eso es evidente que la «preocupación» por el socialismo yugoslavo y todas esas supuestas aclaraciones teóricas exteriorizadas en dicho documento sobre el llamado revisionismo yugoslavo, les sirven de pretexto para las presiones, ejercidas hasta ahora, y para las que tal vez van a ejercer en el futuro, sobre el desarrollo independiente de Yugoslavia, o sea, para justificar la actitud discriminadora frente a la Yugoslavia socialista; para alimentar las combinaciones que tienden a aislar políticamente a Yugoslavia y para proporcionar a los «críticos» el papel de árbitros políticos y monopolistas en lo que se refiere a la interpretación de las verdades científicas del marxismo-leninismo. Y lo más importante de todo ello es el hecho de que esos «críticos» de la Yugoslavia socialista no han renunciado todavía

a las aspiraciones de hegemonía respecto a nuestro país. Este es, desgraciadamente, el verdadero objetivo de los planteamientos del Proyecto de Programa, los cuales, por la naturaleza misma de las cosas, ponen en duda a otros diferentes planteamientos formulados en dicho Proyecto de Programa.

Ni decir que la realidad socialista de Yugoslavia irá desmintiendo diariamente, al igual que en los trece años pasados, a todos estos ataques contra la Yugoslavia socialista. Y esta vez también se van a estrellar contra la unidad de los pueblos de Yugoslavia, ocupados en el trabajo creador de la edificación de las nuevas relaciones socialistas en su país, todas las tentativas de agredir a su libre e independiente desarrollo socialista.»

* * *

Lo que prometía ser una marcha triunfal de tipo wagneriano señalando el avance del mundo soviético hacia el cielo comunista (Jruschov, con probable matiz blasfematorio, habló en su discurso del «asalto del cielo en el sentido real y en el figurado») se convirtió en disputa de comadres censurando a una serie de personajes ausentes una multitud de ignominias, muchas veces sangrientas. Pero lo trágico del caso, lo que avergüenza al ser humano corriente, es que esta condenación de crímenes se efectuaba en nombre de una absoluta ausencia de moral; se reprochaba a los autores sólo el hecho de que sus vergonzosos actos delictivos habían supuesto generalmente un error que acarreó perjuicios a la tarea del partido de Lenin y al desarrollo del socialismo en el pueblo soviético.

* * *

Desgraciadamente para Jruschov y demás comitres del trabajo forzado soviético, la presentación del «cielo comunista», del «paraíso rojo» puede hacer nacer en esos «cultos» ciudadanos de la U. R. S. S., cuya educación cívica se considera siempre como modelo por los «tontos y listos útiles» del Mundo Libre, ilusiones de raíz típicamente burguesa como ellos dirían. Por lo cual Jruschov no ha tenido más remedio que describir ante la nueva ola de delegados la real contextura del paraíso rojo. Empleó para ello la gastadísima y en cierto modo envilecedora metáfora de la colmena. «Vosotros conocéis el ardor laborioso de las abejas: cada abeja aporta su gota de néctar a la colmena común. Para emplear una imagen nosotros diríamos que la Sociedad soviética es como una inmensa colmena comunista. En nuestra sociedad cada uno de nosotros debe por su aportación multiplicar»

las riquezas del pueblo entero y entonces, con el tiempo nosotros podremos satisfacer todas las necesidades de los hombres. Pero lo mismo que en la abeja existen parásitos que las mismas abejas y el apicultor se esfuerzan en expulsarlos del mismo en nuestra colectividad soviética se encuentran gentes que sin dar nada a la sociedad quieren vivir a sus expensas. Hay todavía entre nosotros personas inclinadas a pensar que el comunismo es una sociedad en la que reina la desocupación y la ociosidad. Desgraciadamente, en nuestra propaganda oral e impresa sucede con frecuencia que la sociedad del porvenir sea planteada de una manera simplista y superficial se imagina que bajo el comunismo el hombre no tendrá que sembrar ni moler: no tendrá más que hincharse de pastelillos. Tal imagen del comunismo es propia de los pobres de espíritu, de los filisteos y de los parásitos.»

En ese párrafo de la colmena están como resumidos todos los defectos de la Sociedad soviética, entre los que tal vez no sea el menor la abundancia de esos «pobres de espíritu» y esos parásitos que unas veces, porque lo sean en realidad, y otras porque con esos nombres designa Jruschov a los enemigos de su política o a los enemigos lisa y llanamente del comunismo, constituyen un problema importante dentro de la U. R. S. S. También Jruschov muestra en las anteriores líneas que la famosa «jauja» y la edad de oro soñada no diferirán gran cosa de la situación actual. Y la situación actual no es como para hacerse demasiados ánimos...

* * *

El XXII Congreso del Partido comunista, congreso *revolucionario* como literalmente le llamó Jruschov—lo que se presta a que por algún «sutil intelectual» de Occidente juegue a decir que «revolución en la revolución» equivale a tradición y que ya está Jruschov en el buen camino—, pone al descubierto, no se sabe si contra la voluntad de sus mismos protagonistas, la aguda crisis del comunismo en la U. R. S. S. y en el mundo. La serie de cuestiones que pueden irse anotando al hilo del discurso de Jruschov son como los distintos aspectos de esta crisis que en el fondo no es más que el fracaso del intento de implantación en el mundo de un sistema social absolutamente contrario al orden cristiano.

Pero acaso sea la cuestión básica la que está en tela de juicio, el prestigio de Jruschov a causa de los sucesivos descalabros de la política social y económica interior y de los callejones sin salida en la exterior. Jruschov, como se ha visto, los achaca todos a ese nocivo grupo anti-partido que

Molotov capitanea. Implicada con la misma cuestión está la lucha contra el nunca muerto y ahora explotado prestigio de Stalin. El nuevo Congreso tiene una gran mayoría de hombres de menos de cuarenta años. Cada vez, naturalmente, es más reducido el número de viejas glorias que influyen en la política de la U. R. S. S. Los hombres menores de cuarenta años tienen troquelado el subconsciente con la figura de Stalin. La satánica educación comunista se vuelve ahora contra los comunistas mismos. Será difícil borrar de sus almas la idea de que Stalin es el verdadero forjador de la patria soviética, el hombre «con cuyo corazón late el corazón de millares de hombres»; Stalin, para todos los excombatientes soviéticos—hoy la mayoría *moral* de la nación—, personifica la victoria contra el invasor alemán y el equipo de Jruschov no es más, según ellos, que un aprovechador de los éxitos de Stalin.

Este amor a Stalin, amor «reverencial» de una gran mayoría del intoxicado pueblo soviético, se hizo indispensable para llenar el vacío que se produjo en Rusia con la extirpación sangrienta del cristianismo. El eslavo encuentra más acorde con su carácter creer en Lenin y Stalin que obedecer a los equipos de pseudorrazonadores que caracterizan exteriormente el reinado de Jruschov.

Exteriormente hemos dicho. Porque en resumidas cuentas Jruschov no difiere mucho psicológicamente de Stalin y trata de ocupar por todos los medios el puesto dejado por éste. Tal vez en la metáfora de la colmena se ve a sí mismo como el apicultor que expulsa a los zánganos y en la parábola del tigre y el elefante se imagine montado en este último aniquilando poco a poco potencias capitalistas...

* * *

Con el XXII Congreso queda abierto, pues—como tantos han explicado—, el más virulento de los cismas en el propio Partido comunista ruso y en todos los partidos comunistas del mundo. Por primera vez toma cuerpo en todo el comunismo una gran herejía encarnada posiblemente por grandes masas. Todos los desviacionismos y troskismos habidos hasta el presente están en trance de quedar relegados a un segundo término ante un stalinismo que ya por de pronto puede llegar a ser profesado en plazo breve por 400 millones de chinos.

Pero es que, además, las pequeñas herejías muertas revivirán ahora, ya que todas—la revisionista yugoslava incluida—han sido perseguidas por la dictadura ideológica de la época del culto a la personalidad. Como se

sabe, Stalin concebía—y no sólo de nombre—el monolitismo absoluto del bloque soviético; para él tenía la misma importancia, como alguien dijo, un troskista catalán de los que hacía asesinar por medio de sus testaferros durante la guerra de España que un discrepante cualquiera de su natural Georgia. Esta política dura y ofensiva de Stalin, para quien la agresión al mundo capitalista era un imperativo absoluto, tiene seguramente multitud de partidarios en la U. R. S. S., disconformes con el maquiavelismo jruschoviano en cuya eficacia no creen. Hay quien ve la misma tensión entre el equipo de Jruschov y los *duros* de la U. R. S. S. (personificados por el grupo anti-partido y gran masa de jefes del Ejército, a quienes hubo de complacer al fin anulando la tan cacareada desmovilización) que la existente entre Kennedy y algunos generales del Pentágono, que preconizan el abandono de las contemporizaciones diplomáticas con los soviets. Esta hipótesis parece francamente exagerada, pero es posible que exista en ella un pequeño fondo de verdad. Jruschov ataca el culto de la personalidad, pero al mismo tiempo no deja de resaltar el éxito logrado en la U. R. S. S. bajo su propia dirección, conseguida—como confesó—por un golpe de fuerza después de haber perdido la «mayoría aritmética» en el Comité Central del P. C. U. S. Importándole muy poco que sea o no justificable desde el punto de vista de la doctrina marxista leninista hace estallar la bomba de 50 megatonnes como alborada del Congreso y da la noticia de que Rusia posee la de 100 megatonnes. Se trata de advertencias *a los tigres*, que no son sólo capitalistas, sino también rusos, chinos y de todos los países satélites (y muchos de ellos visten uniforme militar).

Las espadas quedan en alto después del XXII Congreso del Partido comunista. Pero no se trata de la batalla de la libertad, como es opinión de algunos. Jruschov no abrió a su pueblo ninguna puerta de libertad, aunque sí le está enseñando el cinismo y la hipocresía haciéndole hablar de conquistas liberales. La guerra va probablemente a desarrollarse entre dos taifas comunistas que podríamos llamar ya desde ahora staliniana y jruschoviana, guerra que puede extenderse a todo el mundo y adoptar por parte de los stalinianos los más insospechados giros. Los stalinianos pueden entrar en batalla incluso aprovechando en alguna ocasión el frente de la libertad y ahí tenemos a esas juventudes comunistas italianas exigiendo ya que se estudien de nuevo bajo otra luz los últimos treinta años de comunismo y que se reconsidere la condena de Trotsky, cuya rehabilitación pide su viuda al Soviet Supremo de la U. R. S. S.

* * *

¿Qué será lo mejor para Occidente? La existencia del cisma comunista, desde luego, y su permanencia y «cronificación» mejor todavía. Pero si hay que desear algún desenlace es posible que para el Mundo Libre existan más ventajas en el claro deslinde de campos que los stalinistas proponen que en la confusión de río revuelto a favor de la que quiere trabajar Jruschov, amparado por todos los papanatas políticos del «Progresismo» universal.

EDUARDO BLANCO RODRIGUEZ.